

LOS SACRAMENTOS CRISTIANOS (y 2)

4. CRISTO RESUCITADO NOS ESTÁ PRESENTE DE VARIAS MANERAS

Para comunicarnos su fuerza y su vida, Jesús, el Señor Resucitado, nos está presente de múltiples maneras, no sólo en la Eucaristía, sino también en los demás sacramentos.

Cuando oímos hablar de la “presencia real” de Cristo, en seguida pensamos en la Eucaristía: ese pan y ese vino que misteriosamente, por obra de su Espíritu, se han convertido en la persona gloriosa de Cristo, que se nos da como alimento. Esa es en verdad su presencia más entrañable. Nos lo aseguró él mismo: “Esto es mi Cuerpo...”.

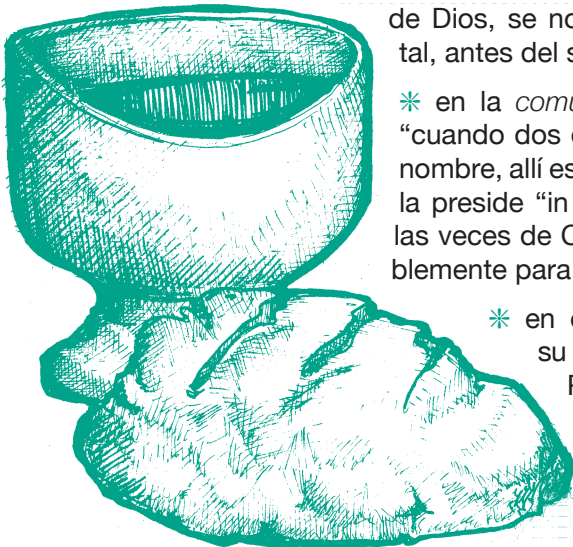
Pero hay otras presencias, todas reales, de Cristo:

* en su *Palabra*, él que es la Palabra viviente de Dios, se nos comunica primero como tal, antes del sacramento,

* en la *comunidad* (él mismo nos dijo: “cuando dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo”), y en el *ministro* que la preside “in persona Christi”, haciendo las veces de Cristo, personificándole visiblemente para la comunidad,

* en el *sagrario*, donde prolonga su presencia eucarística, como Pan disponible para los enfermos y moribundos, y para la adoración de los fieles,

* también en todos los



sacramentos, porque cuando alguien bautiza es él quien bautiza, y cuando alguien absuelve, es él quien absuelve,

- * y en la *Liturgia de las Horas*, porque él sigue siendo también hoy el Orante supremo, ahora como Resucitado, alabando a Dios e intercediendo por la humanidad con los salmos y los himnos y demás oraciones.

En verdad, el Señor Resucitado nos acompaña los siete días de la semana y las veinticuatro horas del día. Nos está presente de modo invisible, misterioso, pero real. Sobre todo en los sacramentos que celebramos.

5. ¿PODÉIS IR EN PAZ?

Uno podría pensar que en los sacramentos los cristianos se preocupan poco de la caridad y de la justicia: que son momentos aislados, como un “oasis” en medio del desierto, sin gran influencia fuera de su celebración.

Pero el Catecismo, al presentar los sacramentos, afirma con énfasis que la gracia y la comunión de los sacramentos, “deben permanecer siempre con nosotros y dar frutos más allá de la celebración” (CCE 1109).

Es famoso el texto del filósofo san Justino, en el siglo II, cuando describe la eucaristía dominical y luego afirma que, a raíz de esta celebración, “los que tenemos, socorremos a todos los abandonados y siempre estamos unidos los unos a los otros... Los ricos que quieren, cada uno según su voluntad, dan lo que les parece, y lo que se reúne se pone a disposición del que preside y él socorre a los huérfanos y a las viudas y a los que por enfermedad o por cualquier otra causa se hallan abandonados y a los encarcelados y a los peregrinos y, en una palabra, él cuida de cuantos padecen necesidad”.

Además de las “presencias reales” de Cristo Jesús en la Eucaristía y en los demás sacramentos, hay también otra “presencia real”: el Señor Resucitado está en la persona del prójimo, sobre todo “en los pobres, los enfermos, los presos” (CCE 1373). Nos lo dijo él: “Estaba enfermo y me visitasteis”. Cuando acogemos al hermano, le acogemos a él.

Lo que dice el Catecismo sobre la Eucaristía –“la Eucaristía entraña un compromiso a favor de los pobres” (CCE 1397)– hay que decirlo también

de los demás sacramentos: todos ellos, después de la celebración, continúan comprometiéndonos y dándonos fuerzas. La celebración no termina del todo con el “podéis ir en paz”. La vida cristiana, sobre todo la caridad y la justicia, son la prolongación lógica de cada sacramento.

6. EL LENGUAJE HUMANO Y CÓSMICO DE LOS SACRAMENTOS

El lenguaje de los sacramentos cristianos quiere ser cercano a nuestra vida y a nuestra cultura.

Es verdad que lo principal en ellos es la acción invisible de Cristo, pero esta se manifiesta exteriormente por medio de acciones y palabras. Estas acciones simbólicas por las que nos alcanza la salvación invisible son signos sensibles accesibles a nuestra humanidad actual y quieren responder, en lo posible, a la cultura de los diferentes pueblos.

El gesto central de cada sacramento conecta con valores humanos y hasta cósmicos. Así, en el bautismo, el gesto humano que más se acerca al misterio que nos comunica este sacramento es el “baño en agua”, fuente de vida y fecundidad. Los sacramentos que usan la unción –unción es masaje– aprovechan los varios sentidos del aceite y sus derivados: alegría, belleza (cosmética), agilidad (atletas), curación (masajes para la piel). El comer pan y beber vino de la Eucaristía aprovecha el hermoso sentido que tiene ya en la vida social el comer y beber con otros, como signo de amistad o reconciliación. El amor entre hombre y mujer se inscribe en la misma naturaleza humana, y en el sacramento del matrimonio se convierte para los cristianos en signo del amor de Dios a la humanidad y de Cristo a su Iglesia.

Cristo, para comunicarnos su gracia visiblemente, se sirvió durante su vida terrena y se sigue sirviendo ahora para sus sacramentos de unos signos y símbolos tomados precisamente del cosmos y de nuestra vida cultural. Para que los entendamos y celebremos mejor. Claro que los sacramentos son mucho más que esos signos humanos: pero a partir de estos signos entendemos y celebramos mejor los sacramentos con los que Cristo nos comunica su vida.

Liturgia de la palabra

En primer lugar se proclama la palabra de Dios para avivar la fe en los padres, padrinos y demás familiares. Tras la homilía del celebrante, donde se explica el sentido y la importancia del bautismo, dirigimos a Dios nuestras peticiones por los niños que van a ser bautizados y por las necesidades de toda la humanidad.

Celebración del sacramento

- En primer lugar, con las letanías, pedimos la intercesión de la Virgen y de los santos, y terminamos con una oración que pide a Dios que aleje al niño del mal y del pecado.
- Luego, los padres y padrinos renuncian al mal y profesan la fe, comprometiéndose así a educar al niño cristianamente.
- Y llega el momento central. Tras bendecirla, el celebrante derrama el agua sobre el niño, o le sumerge a él en el agua, significando así su nacimiento a la nueva vida, la vida de Cristo resucitado.
- Luego unge al niño con el crisma, el aceite perfumado que significa cómo la vida nueva de Jesucristo debe impregnarlo totalmente, para que viva siempre como él vivió.
- Y finalmente, dos gestos simbólicos de la vida nueva que hoy se inicia: es vestido con una vestidura blanca, y sus padres y padrinos encienden una vela del cirio pascual que representa la luz de Jesucristo.

Conclusión

Concluidos los ritos bautismales, todos juntos recitan el Padre nuestro, la oración que nos identifica como cristianos, donde nos reconocemos como hijos de Dios al llamarle “Padre”.

La celebración termina con la bendición de las madres, que llevan a sus hijos en brazos, de los padres, y de todos los presentes.
